

republicano. Me gustaba subir a la terraza, donde estaban los tenderos de la ropa, y abrazarme a sus camisas. Para mí fue una tragedia cuando tuvo que exiliarse». Fruto de aquel amor infantil es otra novela, todavía inacabada, que se titula *Paraíso inhabitado* y que espera su turno.

Ana María Matute fue una niña diferente. Por su desafortunada imaginación y, sobre todo, porque era tartamuda: «Siempre que tengo que hablar en público me da miedo tartamudear, aunque hace muchísimos años que dejé de hacerlo. De pequeña, las niñas se burlaban de mí en la escuela. Eran muy crueles. Por eso prefería irme con los chicos, y el resultado es que comprendo mucho mejor el mundo de los hombres que el de las mujeres, lo que no quiere decir que no tenga grandes amigas».

Como escritora, Ana María Matute ha construido memorables retratos de personajes masculinos, dándole la vuelta a la clásica afirmación de que los grandes personajes femeninos, como Ana Karenina o Ana Ozores, han sido escritos por hombres.

Ala de cisne

La conciencia de ser diferente está en la raíz misma de su vocación literaria. «Yo siempre he sido muy independiente. Los seres humanos somos islas de un archipiélago que nos comunicamos por polen y por pájaros, como mucho. Escribir no es un oficio, es una forma de estar en el mundo. El escritor es como el príncipe del cuento que era un hermoso cisne, pero al convertirse en hombre se le quedó una de las alas de cisne en vez de un brazo».

El ala de cisne ha acompañado a Ana María Matute desde siempre. Desde que a los cinco años de edad «recordé cuando era una muchacha de diecisiete años de edad y me ataban a una escalera, en medio de un bosque, y prendían fuego en una hoguera a mis pies y oía ruido de voces mientras me aterraban las quemaduras. Es un recuerdo que tengo desde siempre. No es algo que haya visto o que me hayan contado de niña. No sé de dónde me viene, pero ahí está. Un recuerdo de otra época, de otro país, un país nórdico. Y que conste que yo no creo en la reencarnación, ni cosas así».

Es la magia de la memoria, «de la que se nutre la literatura: la memoria propia y la de tu cultura». Una memoria que está presente en la historia de *Olvídado rey Gudú*, «la historia de una dinastía de reyes y también de las gentes del pueblo a las que gobernaron, en plena Edad Media. Una historia con duendes y trasgos y batallas... Y está la reina madre, que hace el mayor sacrificio, impide que el corazón de su hijo pueda querer a nadie, porque un gran rey no puede amar, y de ese modo renuncia a que su hijo la quiera. Y hace de él un gran rey, por supuesto, pero no un gran hombre y... en fin, tiene muchas otras historias, pero no quiero contarlas. Bueno, sí que te las cuento, pero no escribas ni una palabra de ellas. ¿De acuerdo?». Así sea.



Después de haber sido galardonada con el Premio Nadal 1960, por su novela «Primera memoria».

EFE

En nombre de la amistad

ESTHER TUSQUETS

Conocí a Ana María Matute el año 60. A ella terminaban de darle el Premio Nadal con *Primera memoria*. Y a mí me había llovido del cielo, en forma inesperada, una recién nacida editorial. Poco antes había pasado yo cuarenta días en cama. En aquel entonces quedaba todavía muy lejos la etapa en que leería de un autor sólo lo más sobresaliente, o lo que señalaban otros como más sobresaliente, o el título de moda. En aquel entonces, cuando un autor me interesaba, comenzaba yo con la primera obra que hubiera escrito y seguía así, sin interrupción, hasta la última línea del último renglón del libro recién aparecido. Y así leí a Ana María Matute: de cabo a rabo, con avidez, con pasión, con entusiasmo. Había decidido inaugurar la editorial con una colección de textos de calidad literaria destinados a los niños, y encargué a Ana María el primer título de la serie, *El saltamontes verde*. Fue el comienzo de Lumen, el comienzo de una intensa colaboración profesional (en mi editorial aparecería, además de *Libro de juegos para los niños de los otros* y *La torre vigía*, toda su producción infantil, muy extensa y muy significativa dentro del conjunto de su obra), y el comienzo de una gran amistad, con contados paréntesis y ningún bache, de un profundo afecto que ha durado hasta hoy. Y quiero señalar que ni Ana María ni yo utilizamos nunca el nombre de la amistad en vano.

A lo largo de treinta y cinco años, la he visto atravesar por las circunstancias más diversas y creo que he llegado a cono-

cerla bien. Sé, o creo saber, un montón de cosas.

Sé que, en la peor de las situaciones, en los momentos más dramáticos, no pierde nunca el sentido del humor: al borde de la catástrofe y en el más duro de los padecimientos, sigue siendo capaz de reírse de su sombra. Es una de las personas con las que más me he divertido, con la que he pasado los mejores ratos y —dato importante— que más y mejor me han hecho reír.

Sé que, entre tantas gentes culposas y timoratas y masocas, tiene Ana María una irrevocable vocación de felicidad —lo cual no significa que haya conseguido ser siempre feliz—, una enorme capacidad de goce, una excitante predisposición a los excesos. Me gusta recordarla durante los años que pasaron ella y Julio en Sitges, en un dúplex delicioso con una terraza desde la que se veía el mar, porque fue, hasta que terminó, una etapa privilegiada, volcada a todos los excesos. Eran disparatadas las cenas que cocinaba: estaba en aquel entonces fascinada por la Edad Media y por los vikingos y preparaba para cuatro unos manjares que hubieran bastado para un banquete de todo el poblado. Eran disparatadas las fantásticas joyas que realizaba a base de cristales y latón, con las que se engalanaba y nos cubría. Fantásticas sus construcciones de poblados complejísimo, a base también de materiales de desecho. Era desmesurado su amor. Era desmesurada su historia de aquel *Olvídado rey Gudú* (que ahora está reescri-

biendo por fin y puede ser una absoluta maravilla), que crecía desmesurada y gigantesca, que nos tenía pendientes de sus labios cuando nos contaba de viva voz alguno de los episodios o nos describía a los mágicos personajes, a los que dibujaba además, icon un excesivo derroche de purpurina! Era desmesurada, en suma, la felicidad.

Sé que, en el mundillo literario, Ana María tiene la cota más baja que conozco de envidia y de competitividad. No le tiende la zancadilla a nadie y en contadísimas ocasiones habrá hecho deliberadamente daño a nadie. Ni siquiera es vengativa o rencorosa. «La gente dice que perdona pero que no olvida», comenta a veces, «a mí me ocurre lo contrario, yo no perdono pero se me olvida». Ana María pretende ser demasiado perezosa para mantener vivo el odio o para maquinarse el mal. Tal vez sea ésta una de las razones, pero en cualquier caso esa ausencia de malignidad es muy de agradecer.

Sé que no se puede creer a pies juntillas (los escritores mentimos tanto y es Ana María tan fantástica!) su reiterada afirmación de que no es una mujer adulta, sino una niña —mejor un niño— de diez años, incapaz de desenvolverse en la vida cotidiana y de alcanzar por sí misma la próxima esquina. Pienso que la realidad es que a Ana María Matute sólo le importan dos cuestiones —el amor y la literatura— y respecto a todo lo demás, que le es indiferente, puede mostrarse perezosa y torpe y distraída hasta grados no creíbles. De hecho es una mujer entera y adulta, dotada incluso de una enorme fuerza, capaz de llegar, no a la próxima esquina, sino al otro extremo del mundo y a la pata coja, si hay en el otro extremo del mundo al que le interesa de verdad. Matute hace por el amor una apuesta total, sin reservas, la guardia bajada, dispuesta a lanzarse al vacío sin red, segura de que la cogerán otros brazos. Y también respecto a la literatura es su apuesta de máximo riesgo. Su hijo, de pequeño, le preguntó en qué consistía eso de ser escritora, y ella lo llevó ante un estante de la biblioteca y le explicó que eran aquellos libros suyos, y que, cuando ella desapareciera, seguirían allí. Esto significa que no aspira a la popularidad, aspira a ser inmortal. Precisamente por esto, como todas las personas auténticamente ambiciosas, no queda apenas lugar en ella para la realidad.



Ana María Matute, en una imagen de los años de sus primeras publicaciones y premios.

Esther Tusquets es editora de Lumen y novelista.